

Viaje a la tierra de la inocencia

Cristina Soto Céspedes



Image not found.

Capítulo 1

Viaje a la tierra de la inocencia

Voy girando suavemente al ritmo de la música, mientras sostengo con delicadeza las cintas de colores. Las figuras que trazo en el aire atraen la mirada de los conductores que esperan el cambio de rojo a verde.

En cada parada intento mejorar la coreografía que ensayo cada noche, buscando la perfección en cada movimiento, aunque a veces pierdo la concentración por la leche que brota abruptamente de mis pezones, dejando mi ropa mojada y con un olor desagradable.

Luego de algunas horas en el semáforo, voy corriendo a ver a mi Amandita, que suele estar parada sobre la cuna, llorando por la teta. La pobrecita busca como un cachorrito la leche tibia, sin saber que su madre está trabajando para juntar algunas monedas para pagar la pieza y comprar un poco de mercadería. Así es ella, demandante y llorona, mientras yo voy desapareciendo bajo la ropa, gastando todas mis energías para sobrevivir y consiguiendo muy poco para comer.

Antes la dejaba en su moisés sobre el pasto de la alameda, hasta que empezaron a rondarme unas señoras que decían ser del municipio, las que me hacían un montón de preguntas. Yo sólo guardaba silencio y seguía trabajando en mi arte, mientras una de ellas registraba el monólogo en una carpeta.

También intentaron indagar entre los vecinos para averiguar sobre mi vida y la del padre de la Amanda. Por eso fue que me escondí un tiempo y luego empecé a venir sin ella, arriesgándome a dejar a la niña sola por algunas horas, pero prefiero eso a que la lleven a un hogar donde no recordarán ni su nombre.

Por acá no tengo amigos, sólo algunos conocidos que me han prestado una mano cuando me siento sobrepasada por la soledad y el hambre.

La gente de este pueblo no me conoce, soy como un fantasma que deambula por las calles sin que ya nadie pronuncie mi nombre, ese que me recuerda a la niña de trencitas doradas que corría con sus hermanitos por una plaza, intentando que engañaran su estómago hasta que la madre llegara del trabajo. mi padre hace muchos años que no tengo noticias. Algunos vecinos decían que se había ido a Argentina a buscar una mejor vida, otros contaban que estaba a cargo de un fundo en el sur.

Era lindo escuchar a mi padre decir mi nombre, él no era como todos, era el "gringo", así le decían los vecinos, lo buscaban para solucionar cualquier conflicto en el barrio, para reparar una llave o una lavadora. Así

era él y yo era la única que llevaba su apellido de mis tres hermanos.

Recuerdo que de pequeña se me hacía difícil correr por los cerros sin pelarme las rodillas. Pero mi padre se empeñaba en levantarme una y otra vez, tratando de enseñarme el equilibrio y las destrezas de la guerra.

Hasta los siete años alcancé a que vivir con él, internada en estos cerros, con piedras en los bolsillos y un palo que se convirtió en mi bastón de alta montaña.

Poco a poco fui llenando los pulmones de aire puro, aprendiendo a brincar entre rocas, perdiendo el miedo al abismo, a la nada, hasta ser capaz de saltar en caída libre, teniendo la fe de que mi padre estaría ahí para recibirme.

Mi madre odiaba que me tratara como un hombrecito, enseñándome a tirar piedras a los ríos para hacer ranitas o trepar a los árboles para construir una nueva casa. Ella temía que todos esos juegos terminaran por convertirme en una mujer rara, demasiado masculina para su gusto.

Cuando mi padre desapareció de nuestras vidas, se vio obligada a buscar prontamente un sustituto, claro que con él vendrían dos hijos más.

Pronto mi madre me enseñó a cocinar, lavar ropa y todo lo que significaba llevar una casa. Ella tenía dos trabajos, por lo que no la veíamos hasta que llegaba la noche. Los domingos cuando descansaba, me dejaba dar una vuelta con mis amigas, incluso, a veces me daba dinero para comprarme algo de ropa.

Vivíamos muy pobres en la casa de mi abuela paterna, quien era una viejita alcohólica que solo trabajaba para su vicio. Mi padre iba y venía buscándose la vida donde fuera, en las temporadas de la fruta, en el norte y donde le dijeran que había alguna faena.

La gente solía comentar la extraña relación que ellos tenían, porque cuando mi padre aparecía luego de varias temporadas afuera, se encontraba con Alberto, el tro hombre que tenía mi madre, un zapatero de mala muerte que casi nunca tenía clientes. Mi abuela hacía la vista gorda a todo lo que pasaba, mientras mi padre se instalaba de nuevo en la cama matrimonial y el pobre Alberto salía con la cola entre las piernas hasta que mi padre hiciera el bolso por una nueva faena.

Un día el gringo hizo los bolsos, echó sus cuatro tiras de ropa, unos zapatos de reno que le había cosido Alberto y se fue hacia el sur, donde se haría cargo de cuidar una estancia, según lo que nos contaba, mientras guardaba un pollo cocinado por mi madre y unos panes con cecinas para

el camino.

Recuerdo que lo abracé muy fuerte y le regalé mi bastón de alta montaña, él reía mientras caminaba con mi palo que le llegaba a la cadera.

-Gracias mi niñita-me dijo mirándome dulcemente con sus ojos azules.

-¿Vuelves, cierto?-le dije esperanzada.

-Claro...voy a sacar de una patada a ese flojo del Alberto...-respondió riendo.

-Pero igual te cose los zapatos- le dije con inocencia. Esa fue la última que vi al gringo. Todavía lo sigo esperando.

El apellido Davis era mi orgullo, lo único que me quedaba por presumir, la hija del gringo sin plata, la flacuchenta que pasó de la población Violeta Parra a un mundo de luces y fiestas eternas, que un día se arrancó con ese pololo mayor, que la sacó de la casa una noche y le dijo - ¡Ya vamos, te zafaste de esta vida de mierda! Ese fue el comienzo de todo, la salvación y la condena que me llevaron a conocer un mundo que estaba más allá de todas las posibilidades que me había dado la educación de un liceo municipal, con profesores esperando esa ansiada jubilación y niños desesperados, corriendo por los patios con adoquines quebrados y sumergidos bajo la lluvia.

Así, de pronto, sin esperar nada de ese día en que caminaba apresurada para alcanzar la campana de entrada, con las calcetas azules vencidas por el uso, tropecé con ese joven simpático que me pidió con insistencia tomarme una fotografía para el casting de un team de baile. La timidez me dejó sin habla y solo respondí que estaba atrasada, pidiendo disculpas mientras corría hacia mi sala. Cuando el reloj marcó las seis lo volví a encontrar a la salida de clases, se acercó directamente para pedirme unos minutos, la verdad desconfié de su insistencia, pero me explicó de forma muy clara de qué se trataba el trabajo. Sus palabras parecían convincentes y comprendí de inmediato que no podía dejar pasar esa oportunidad.

Solo debía bailar por las tardes y recibiría un pago semanal. No era una fortuna, pero a mis diecisiete años, bastaban para dejar el miedo de lado y vestirme con poca ropa para una exclusiva discoteque de la ciudad.

Mi madre no estaba contenta, se avergonzaba de que bailara como una suelta, con mis pequeños pechos apenas cubiertos por un sostén plateado, las caderas insinuantes y huesudas. Así era la coreografía, la que no se atrevía a hacerla de inmediato estaba afuera.

Tuve que dejar el pudor y el miedo, ahora mi vida había cambiado, para la gente era la niña linda, la del team de baile...Ángela Davis...ese era mi nombre, sonaba bonito cuando nos presentaban ante ese público entusiasmado y un poco pasado de copas.

No quise volver al liceo, me sentía demasiado observada, los profesores no aprobaban mi veta artística y los padres de mis compañeras me veían como una mala influencia para sus hijas.

Me inscribí para dar exámenes libres, pero no tenía tiempo para estudiar, estaba demasiado ocupada ensayando y conociendo gente nueva, de a poco comencé a alejarme de mi familia.

-Por favor, no te metas en problemas- me pidió mi madre aquel día en que me vino a buscar Julián

-No te preocupes, no te molestaré en nada...-le respondí con soberbia.

-Cuídate...-repitió mientras cerraba la puerta, resignada a dejarme partir para comenzar mi nueva vida, aunque no tenía nada que reprocharme, fui su niñera desde los siete años y nunca recibí nada a cambio.

La nueva vida llegó como una lluvia fresca que lavaba todas las penas y malos recuerdos. De pronto ya no sentía vergüenza de mi vida. Caminaba por las calles de la mano de un hombre guapo y bien vestido, paseaba por las tiendas para comprar la ropa que siempre había añorado. Por supuesto mi dinero no alcanzaba para darme esos gustos, pero vivía en el departamento de Julián, quien se hacía cargo de todos mis gastos. Nuestra sociedad tenía cierto equilibrio, yo me hacía cargo de la casa, bailaba para algunos eventos y lo acompañaba a todas esas fiestas exclusivas, vestida según sus recomendaciones que daban cuenta de su buen gusto. El agradecía mi preocupación por seguir las instrucciones y la delicadeza de no abrir casi la boca para no dejarlo mal delante de sus amigos.

Nuestra relación fue buena durante los primeros años. Para mí era como un sueño infantil vivir en un departamento completamente amoblado, baño con tina, piso alfombrado, terraza hacia la plaza principal de la ciudad, incluso teníamos una señora que venía a limpiar la casa tres veces a la semana. Por supuesto, nunca conocí a su familia, Julián decía que la productora era su verdadera familia, Margarita era la secretaria que se encargaba de los más mínimos detalles de su vida, por lo que nunca interferí en esa relación tan cercana ni tampoco quise saber más de lo necesario.

En cuanto a mi familia, la verdad es que nunca más quise verlos. Les depositaba dinero cada vez que podía, pero no tenía valor para visitarlos después de haberme alejado tanto de ellos. Julián pasaba de vez en

cuando por mi calle para saber de mis hermanos. Solo se limitaba a decirme que estaban bien, que no me preocupara tanto, que tenía que pensar que yo ya había hecho suficiente, que ahora tenía otra vida.

Julián se había convertido en mi mejor amigo, sin duda era un hombre muy bello, de tez blanca y ojos negros, un pelo rizado que caía con gracia sobre la frente.

El deseo no era un problema entre nosotros. Pero había cosas de su vida que ignoraba y que prefería que quedaran en el ítem de asuntos privados. Eso era una de las reglas básicas de nuestra convivencia, habíamos establecido tácitamente un sistema de ganancia, donde ambos salíamos beneficiados. Si había amor entre dos era un tema que había que dejarlo a los más ortodoxos, para mi bastaba con que me besara una vez a la semana.

A veces por la noche lo abrazaba con fuerza, aunque él estuviera casi inconsciente por el whisky y las drogas que nunca me dejó probar.

Guardo en un rincón pequeñito de mi memoria las palabras llenas de calor y deseo que alguna vez me dijera. Sé que me dijo te amo, estoy segura que deslizó esas palabras mientras mordía mis huesos pronunciados, de su hermosa boca amoratada salió esa hermosa vocalización que iba curando toda mi rabia, mi pena, las humillaciones de patipelada... me iba limpiando de los manoseos atroces de un vecino, de un tío, de un profesor, de todo aquel que quiso manchar mi cuerpo con siglos de poluciones asquerosas e imborrables.

Es el regalo que me quedó de todos esos años, esas dos palabritas sonoras y dulces, que a veces escucho por las noches cuando el frío y el miedo me dejan inmóvil sobre la cama, de donde quisiera hundirme de una vez sin tener ya salida ni oportunidad. Son esas palabras tan húmedas, tan cálidas, que me dicen que alguna vez alguien en algún lugar me dijo te amo, que alguien más allá de estos trapos, de este esqueleto y estos pañuelos sucios que muevo en las veredas, miró mis ojos bajo la luz de una luna creciente y dijo que valía la pena quedarse a caminar sobre esta árida tierra.

Una noche no pude pegar los ojos y me levanté muy temprano para preparar el desayuno antes que Julián se fuera a la productora. Estaba muy silencioso, lo que me pareció muy extraño, él siempre tenía muchas anécdotas que contar sobre algún cliente pasado de copas, una pelea o cualquier tontera que pasara en los eventos de los que hace tiempo me había alejado, para no incomodarlo ni saber más de lo que era necesario.

-Julián- dije finalmente, interrumpiendo su silencio.

-Dime...

-Ayer llamé Margarita para recordarte lo del viaje para mañana-comenté.

- Si...me mandó un mensaje...gracias -contestó distraído.

-Bueno...y a dónde viajas...-pregunté por fin. Prefiero que lo hablemos más tarde, no es el momento- me respondió muy serio.

-¿Cómo no es el momento?-pregunté molesta.

-No Angelita, lo hablaremos cuando vuelva-respondió cortante.

-¿Vas solo?-dije intrigada.

-No. Voy con el senador...-dijo finalmente y sin mirarme.

-El senador...de nuevo ese hombre... ¿Y por qué tienes que ir con él?- exclamé.

-Negocios Angelita, son negocios...no te preocupes...-dijo incómodo y luego se despidió, dejándome sola frente a la taza de café.

No me despedí cuando llegó el taxi que lo llevaría al aeropuerto, Julián tampoco trató de arreglar las cosas antes de irse. Salió muy callado, tratando de no despertarme. Cerré los ojos y me di vuelta hacia la ventana.

Después de una semana llegó de Lima. Se veía demasiado agotado. No era solamente el viaje, sus ojos estaban muy oscuros y parecían hundirse en ese rostro amarillo y demacrado.

No quise pedir explicaciones, le ayudé a sacar la ropa de las maletas y le preparé una tina caliente. Se sumergió por un momento en el agua y luego de unos minutos comenzó a sollozar como un niño.

-¿Qué pasa cariño?... ¿qué te hicieron?-pregunté angustiada. Pero lloraba con más fuerza, era como una catarsis después de tantos años de silencio y secretos entre los dos.

-Ángela...tú sabes lo que pasa, no es necesario que yo te diga nada.- rogaba ya agotado de llorar.

-Julián, necesito confirmar lo que creo, por favor, dime la verdad.-le pedí aterrada.

Lo ayudé a salir del agua, sequé su cuerpo con suavidad y le puse el

pijama. No era la primera vez que debía meterlo debajo de la cama.

Cerró los ojos y comenzó a dormirse lentamente, su cuerpo temblaba, la fiebre estaba subiendo. Fui al baño por un termómetro y sentí unos deseos incontrolables de vomitar, de botar por el lavabo toda esa amargura que me estaba quemando. Ángela...me tengo que ir de la ciudad...alguien filtró mis fotos con el senador. Yo creo que de aquí a mañana se sabrá todo". Las palabras seguían dando vueltas dentro de mi cabeza. El aire me dolía al respirar, mi espalda estaba muy fría, no lograba calmar mis manos que querían sacudirse de una vez la vergüenza, el asco de todo lo que me rodeaba.

Era horrible, pero no pensaba en Julián ni en su extraña forma de amar, pensaba en lo que dirían en mi calle, en esta triste provincia, como se reirían de mi mala suerte, de mi derrota.

Miraba el departamento y veía todo lo que no era mío, lo que creí era mi nueva vida, la que se iba desdibujando al escuchar la historia conocida, la verdad que siempre supe, pero que acomodé para no renunciar a los gananciales.

Teníamos una semana para dejar el departamento que pertenecía al senador, la esposa quería recuperar todo lo que le había entregado a su amante.

Tuvieron que hospitalizar a Julián por una fiebre que no daba tregua. Estuve muchos días esperando un diagnóstico, hasta que un día la doctora salió muy seria por una puerta al final del pasillo.

-¿Es usted algo de Julián Huerta?-dijo con voz cansada.

-Sí...su pareja -respondí asustada.

-Lo siento, no hay nada más que hacer, el hígado y el páncreas están muy dañados, si se hubiera atendido antes podríamos haber hecho algo. Le quedan solo algunas horas, tiene que despedirse.

Caminé por el largo pasillo buscando aire, logré salir al patio del viejo hospital para comenzar a correr cada vez más rápido, la gente me miraba asustada, veían como huía a través de la larga arboleda de álamos que ornamentaban el recinto. Corría tan rápido que vomité al llegar a la salida.

No tenía donde ir, nadie me esperaba en ningún lugar. Estuve muchos días deambulando por la ciudad, a veces me quedaba en la casa de una amiga de infancia que me escondía en su pieza por las noches.

Julián me prometió que no quedaría en la calle, estaba buscando una casita para mí, pero él tendría que irse lo más lejos posible. No alcanzó a resolver nada. La enclaustrada donde nos estábamos hospedando me negó la entrada porque los pagos estaban atrasados. Mis pocas pertenencias quedaron en una bodega y nunca pude encontrar las boletas ni la llave.

Mi amiga me prestó un poco de dinero para salir de la ciudad, como estaba cada vez más gorda empecé a fajar mi vientre para poder bailar en cualquier lugar donde me pagaran algo por el día.

Después de tener a mi Amanda en una posta con mi carnet de indigente, comencé a buscarme la vida con estos pañuelos, bailando en los semáforos y esperando recibir algunas monedas.

La gente piensa que esto es fácil, pero los movimientos deben ser muy sutiles, los giros coordinados y elegantes. El maquillaje también es importante en mi presentación y sobre todo resalto mis ojos azules, pintados con destellos verdes y una raya negra perfectamente delineada.

Mi experiencia como bailarina ha sido importante en este arte tan mal mirado por la gente, algunos ni siquiera abren la ventana cuando voy pidiendo humildemente su cooperación. Tampoco faltan los hombres que creen que pueden esperar más que un saludo y se quieren pasar de los límites.

No dejo de pensar en Julián, qué diría si me viera en las calles, pensaría que me volví loca, que me convertí en una drogadicta. De seguro me llevaría a la fuerza y me obligaría a terminar mis estudios. Por qué nunca le hice caso.

Y qué diría de la Amandita. No sé si quería tener hijos, hay tantas cosas que nunca supe de él.

A veces tiemblo al ver detenerse algún auto negro con vidrios ahumados. Imagino que aparecerá el senador llorando detrás del vidrio, como lo hizo aquella tarde sombría en que despedí a Julián, solo acompañada por Margarita. De su familia nunca supimos nada. Era otro de los secretos de Julián.

Mientras caminábamos silenciosas con su antigua secretaria, esquivando las piedras del camino, nos seguía de cerca el auto negro. Me atreví a mirar por unos segundos a través del vidrio, entonces vi su rostro moreno, los ojos grises y húmedos que me miraron con benevolencia. Entonces, no pude más que bajar la cabeza y acelerar mis pasos. Despedimos brevemente con Margarita a la salida del cementerio. El auto del senador se alejó rápidamente por la calle de tierra.

Hace algunos días volví a ver a Margarita, la fiel secretaria de Julián. No entendía cómo andaba de artista ambulante, ni por qué no le conté lo de mi embarazo.

-Esto es tuyo-me dijo muy misteriosa.

-¿Y esto?-pregunté al recibir el sobre amarillo.

-Es de Julián...bueno ahora es tuyo-dijo satisfecha.

-¿Cómo me encontraste?-pregunté intrigada.

-Luego te cuento todo. Abre el sobre de una vez.-me pidió ansiosa.

Después de entregarme el dinero que me había dejado Julián, nos fuimos al terminal de buses y nos abrazamos fraternalmente para tomar cada una su destino.

Ella volvía a la productora donde ya nadie se acordaba de su ex jefe y yo compraba un pasaje al sur con la esperanza de que mi Amandita pudiera conocer a su abuelo.

Margarita me contó que hace mucho tiempo Julián le pidió al senador que utilizara sus contactos para encontrar el paradero de mi padre. Hace poco retomó la búsqueda para no dejar ninguna cuenta pendiente con el hombre con el que había tenido una doble vida durante diez años.

Entonces la llamó para decirle que tenía el dato de un hombre de unos cincuenta y cinco años, que administraba una estancia cerca de la cordillera, en el sur del país. Todos le decían el gringo Davis o el viejo de ojos azules. Nadie sabía nada de su familia, aunque a veces salía a caminar por los cerros junto a sus perros, como buscando a alguien que hace tiempo había perdido.